

Poulbot, el célebre dibujante de *gosses* habría encontrado en el mundo infantil de Galdós, tanta línea trágica, tanta curva cómica! Y su lápiz habría copiado lleno de emoción, los gestos dramáticos, los ademanes desgarradores, las muecas disputadas por la risa y el llanto, las piruetas que provocan la carcajada, las actitudes que nos hacen tendernos hacia ellas deshechos en ternura.

Celipín es uno de los predilectos de Galdós, como Fortunata e Ido del Sa-grario.

Aparece en «Marianela».

Es Celipín el hijo menor de la Se-ñana. Tiene doce años.

De noche, cuando todos duermen, levanta en un rincón de la pobre co-cina, sus castillos en el aire ante la Nela que desde la cesta que le sirve de alcoba le escucha embebida. Ella le ayuda en tan agradable tarea pues le acarrea puñaditos de mortero de humo para la erección de las torres altaneras que han de llegar a agujerear nubes, y uno que otro guijarro de verdad para los cimientos: las monedas que de cuando en cuando le da alguna alma caritativa. Ya la niña lo ve arrellanado en un coche, calzadas con guantes olo-rosas las manos, apoyado en el bastón de porra dorada o bien escribiendo aquellas recetas que se han de aderezar con una docena de mosquitos y palos de mimbre.

Después va y viene en dos tomos, un montón de páginas en donde la vida se mueve con sus misterios y sus ridiculeces, implacable, doliente, iróni-ca. Y entre este follaje, sombrío aquí, alumbrado allá, la infancia del doctorcillo Centeno es siempre el pá-jaro que,—repleta de gorjeos la gar-ganta como de granos el granero de un rico labrador,—canta y canta en actitud de gracia infinita, sin pensar en la rama seca en que está posado ni en la noche que se viene encima.

En «Tormento» comienza a esfu-marse en el mozo el muchachillo sin vanidad, y así le decimos adiós cuando lo encontramos con alfiler en la cor-bata y envuelto en una capa.

Es la del doctor Centeno, una de las figuras infantiles más encantadoras de Galdós. Le perdemos de vista la noche en que huye del hogar paterno, en el momento en que Marianela lo encuentra en el camino, con el pequeño lío pendiente de un palo puesto al hombro, la marcha resuelta rumbo a los Madriles, en donde va a estudiar para médico. Lo volvemos a encontrar en Madrid, prendido de la capa de Alejandro Miquis—el niño grande—a quien alguien definiera como un «hom-bre en verso».

Posee nuestro héroe un optimismo extraordinario: si anda entre piedras es madeja de agua que salta sobre su

dureza cantando; si se mete entre el vicio y la miseria es rayo de sol que se hunde en las charcas sin manchar sus oros. Si no, veámoslo vivir bajo la ter-rible protección de don Pedro Polo, de doña Claudia, de la fea Marcelina y de la maritornes de la casa, natura-lezas más o menos berroqueñas; o arro-jado por éstos de sus pétreos lares, «¿quién lo seguirá a las casas de dor-mir, a las compañías del Rastro, a los bodegones, a las tabernas, a los teja-res y chozas de Arganzuela y las Ye-serías, a la vagancia, a las rondas del Sur, inundadas de estiércol, miseria y malicia?»

Tremenda cosa es el amparo de este don Pedro Polo, capellán de las mon-jas mercenarias calzadas de San Fer-nando, pastor de una escuela en la casa que estas santas señoras le proporci-onaran, contigua a su convento. Ima-ginad que «no era un maestro severo sino un honrado vándalo. Entraba a saco los entendimientos y arrasaba cuanto se le ponía delante. Era el evan-gelista de la aridez, que iba arran-cando toda flor que encontrase, y asolando las amenidades que embelesan el campo de la infancia, para plan-tar luego las estacas de un saber dise-cado y sin jugo.» Después doña Claudia madre de Polo y de Marcelina, vieja malhumorada, que consolaba sus sem-piternos dolores de cabeza con rodajas de papa en las sienes sostenidas por una venda; y Marcelina, tan fea la po-bre, con su cara que «se salía de los términos de la estética y era verdade-ramente una cara ilícita.» Mas, los coscorriones podían llover y menudear los ayunos y regaños, que el *doctorcillo Centeno*—así bautizado irónicamente Celipín por el ogro de su maestro—

En canícula

Estamos en canícula: por eso como en días *phacteros*, *decembrinos*, el polvo se remueve y se levanta de la espalda agrisada del camino.

En la brisa sentimos un secreto, las cosas nos parecen más divinas, y las rosas parece que perdieron el adorno terrible de la espina.

El ambiente es muy otro y es muy uno: tiene una sideral delicadeza en la cual se diluye toda el alma como en una gran copa de belleza.

Conviértese en ruinas el palacio de la tristeza pobre y lastimera, y sentimos arder, divinamente, el gozo de vivir sobre la tierra.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 13-VII-1923.

sabía encontrar distracción durante las tediosas veladas entre madre e hija, ya contando los hoyos y pelos que la des-graciada doncella soportaba en su ros-tro, ya atendiendo a los distintos rui-dos que hacían las puertas, viejas de dos siglos, con goznes que no conocían el sabor del aceite y que imitaban al cerrarse o abrirse el mugido de un buey, el llanto de un niño o clamaban frases que el muchacho traducía así: —«Mira que te cojo»—mientras la Gra-mática en donde debía estudiar la de-finición del participio, se deslomaba ante él, en vano. ¡Dios de los tontos! porque aquello era lo mismito que asar manteca.

Además, allí estaban para hacerlo olvidar penas, Juanito del Socorro—su camarada predilecto, enredador y mar-rullero, cuya lengua era un ovillo de mentiras—y aquellas superbas corridas de toros.

¡Y qué fortuna la suya! ¡Qué habría dicho la Nela si lo viera encaramado en el desván que le dieran por dormi-torio, el cual servía a las monjitas para guardar las piezas del monumento de Semana Santa e imágenes lisiadas! Al principio diéranle miedo las carotas estrambóticas de los judíos o la tiesura hierática de las vírgenes y evangelis-tas, pero poco a poco se acostumbró a tan inofensiva compañía y llegó el día en que hasta al respeto les faltara, pues sin muchas ceremonias le cogió la cabeza al toro de San Lucas y en-sayó las suertes conque quería deslum-brar a sus amiguillos, en los indefensos santos, dejándolos más descalabrados de lo que antes estaban.

Veamos en lo que consistían estas célebres corridas:

En la calle de la Libertad, más allá de la esquina de la casa donde la redacción esta-ba, había un solar vacío, separado de la calle por una cerca de desiguales y viejas tablas. Dentro sólo se veían algunos montones de escombros, media docena de escobas y otras tantas carretillas que dejaban allí los encargados de la limpieza urbana. Tenía la tal valla una puerta que estaba cerrada casi siempre; pero Juanito del Socorro y otros chicos de la vecindad, asistentes a la escuela de D. Pedro, habían hallado medio de colar-se dentro, arrancando una tabla y apartando otra; y poseionados del terreno, lo dedica-ron a plaza para hacer en él sus corridas.

Habiendo sido admitido un día Felipe a esta diversión infantil, halló tanto gusto en ella, que se hubiera estado todo el santo día en la plaza, sin acordarse para nada de sus deberes escolares y domésticos, ni de D. Pe-dro, ni del santo de su nombre. Mientras más el juego se repetía, más afición le co-braba, y los domingos por la tarde, si sus amos le permitían salir, entregábase con frenesí a las alegrías del toreo. Saltar, correr, montarse sobre otro, ser alternativamente picador, caballo, banderillero, mula, toro y